



Manifestación antijudía en Amman como protesta por la agresión israelí. El pueblo pedía al rey Hussein que declarase la «guerra santa» para liberar Jerusalén.

GUERRILLAS EN PALESTINA

¿A guerra de los cuatro días? Es una brillante frase. Estamos en el tiempo de las frases, de los «slogans». Proceden de la carestía del espacio publicitario: hay que decir en cuatro, en cinco palabras, en dos o en tres imágenes un «mensaje» que anide, que prolifere, que tenga —noción contemporá-

nea— «impacto». Este mecanismo de la publicidad forma ya parte de todas las formas de expresión. La política lo acapara. «La guerra de los cuatro días» —o de los tres, o de los seis, según distintas escuelas— tiene este impacto: en cuatro días, el ejército de un pequeño país, del «cordero rodeado de lobos», reaccionó a una agre-

sión, respondió a sus enemigos, los destruyó, ocupó sus territorios y se asentó en la victoria. La imagen tiene la belleza de una leyenda antigua. Solamente que es falsa. La guerra empezó hace diez meses; la guerra dura aún.

—La guerra está empezando ahora —dicen los guerrilleros árabes—; está tomando su verdade-

ra forma. Israel está cometiendo todos los errores típicos de un estado militar enfrentado a una guerra popular. Israel va a perder esta guerra.

Nasser es mesurado, lento. Nasser tiene otro concepto del tiempo. Quiere controlar, canalizar la revolución.

—A los árabes nos costó un

GUERRILLAS EN PALESTINA

siglo hacer regresar a sus tierras a los cruzados. Sabemos esperar. Podemos esperar ahora el momento preciso, cuando nuestras fuerzas, reconstruidas y unidas, puedan triunfar...

Las palabras del «Raïs» han caído mal. Para los guerrilleros árabes no se trata de esperar un siglo, ni un año: ni siquiera una hora. La guerra está en marcha. Pero, ¿quiénes son los guerrilleros árabes? La imagen de un pobre «fel-lah», de un campesino ocultando en su harapiencia chilaba un puñal vengativo y una botella de gasolina hay que descartarla para siempre. La ha destruido el propio Israel, en parte, al hacer una especie de exposición en Tel-Aviv de su botín de la fallida ofensiva de fines de marzo en Jordania. Armas modernas de combate, del tipo de las usadas por las guerrillas del Vietnam, entre ellas un mortero de 120 milímetros; ametralladoras, minas. Botas especiales de caucho para cruzar el río Jordán. Y un prisionero. Un muchacho de dieciocho años, con uniforme militar, con botas de caucho. Sus capturadores le dejaron hablar a la prensa:

—He marchado al combate porque tengo once hermanos que fueron expulsados, con mis padres, como yo, de Palestina. Viven en un campo de refugiados. No estoy inquieto ahora por ellos: la organización les paga ya ciento cincuenta libras sirias mensualmente.

¿La organización? Hay, en efecto, una organización seria, importante, en ese mundo árabe que se describe como desorganizado. Firma sus comunicados de guerra como «Unión de fuerzas de comando». Comprende tres movimientos principales: El Fatah, que generalmente se supone alimentado por Siria; las Fuerzas Populares de Liberación (brazo militar de la Organización de Liberación de Palestina) y el Frente Popular para la Liberación de Palestina, rama del movimiento na-

cionalista árabe. Por primera vez, estas fuerzas están actuando con coordinación. A principios de marzo celebraron una reunión secreta en Beirut. Han llegado a importantes acuerdos operacionales y, según parece, es la organización El Fatah quien dirige el movimiento guerrillero conjunto.

El Fatah no es una organización improvisada, espontánea. Se prepara desde hace años. Según su propia historia oficial, desde hace doce años. Hace doce años, en octubre de 1956, Israel atacó a Egipto, en una maniobra conjunta con Gran Bretaña y Francia

(crisis de Suez). Los resultados militares fueron desastrosos para los árabes. Un grupo de personas entendió entonces que la base defensiva árabe no podía basarse en ejércitos regulares, sino en un sistema que en aquellos momentos estaba produciendo los mejores resultados: la guerrilla, la lucha popular, cuyo modelo era el Frente de Liberación Nacional argelino. Ese grupo de personas comenzó la organización de una serie de células que llevarían el nombre de El Fatah. Durante dos años se estuvo organizando a sí mismo y creando sus bases políti-

cas, dotándose de una estructura revolucionaria. Hacia 1959 sus dirigentes creyeron que la estructura política estaba conseguida y que se podía dar el paso siguiente: la organización militar. Esta organización militar, filial de El Fatah, tomó el nombre de El Assifa; aún lo lleva, aunque el nombre que se ha popularizado es el de El Fatah. El Assifa tiene hoy, según se cree —puesto que sus actividades se desenvuelven aún en una media clandestinidad—, un «estado mayor» de seis hombres: dos ingenieros electricistas, dos especialistas en electrónica y dos matemáticos. Los seis son veteranos de guerra: participaron en las guerrillas de Argelia. Estaban ayudando a un pueblo hermano, pero, sobre todo, estaban aprendiendo. Se dice también que estos seis hombres recibieron después una instrucción militar completa, principalmente en el uso de la artillería y de las ametralladoras y armas automáticas. «fuera del área de Oriente Medio». ¿En China, en la URSS? ¿En Vietnam, en Cuba? Estas preguntas no tienen respuesta.

Desde 1959, los guerrilleros de El Assifa están recibiendo instrucción militar «especial»: es decir, se están formando para la guerra de guerrillas, o de comandos. Este entrenamiento duró cinco años. En 1964, El Assifa decidió que sus primeras unidades, su «primera generación» de combatientes e s t a b a preparada para cualquier eventualidad. En 1965 realizó su primer ataque: destruyó una estación de bombas de agua israelíes en el lago Tiberiades, instalada en relación con el proyecto israelí de desviar las aguas del río Jordán. El análisis de la operación hizo suponer al «estado mayor» que la organización estaba perfectamente a punto.

Estiman ahora que las «condiciones objetivas» necesarias para el desarrollo de su lucha están perfectamente conseguidas. Atribuyen estas ventajas a «la ceguera de Israel», que comete los

Entre los pueblos de las naciones vecinas de Israel, se toma cada día mayor conciencia de la necesidad de una acción guerrillera. Abajo, una manifestación en Bagdad.





La oficina de correos de Karameh, destruida después de la agresión judía. La guerra no duró cuatro días, la guerra empezó hace diez meses y sigue aún.

errores típicos de los ejércitos de ocupación. Los millares de árabes que han tenido que huir del territorio ocupado por Israel se suman en masa a las organizaciones guerrilleras; los habitantes, la población civil, de estas zonas ocupadas, facilita ayuda a los guerrilleros; las «operaciones de castigo» israelíes se mueven «con la pesadez de los ejércitos regulares». Al mismo tiempo, la desconfianza de los ciudadanos árabes por sus dirigentes, que perdieron la «guerra de los cuatro días», y que no han sabido o no han podido conseguir una situación ventajosa de paz, produjo una afluencia hacia las organizaciones irregulares. Políticamente, las organizaciones guerrilleras sostienen que la causa principal de la batalla perdida fue que los soldados no tenían «moral de combate»: no luchaban por y para sí mismos, sino, con la vieja tradición feudal, para sus «señores»: para los monarcas o para Nasser, cuya revolución se considera fallida. El Fatah entiende que la guerra popular sólo puede hacerse doblada de revolución: es decir, que el objetivo de desplazar a un enemigo exterior —Israel en este caso; Francia en el de Argelia; Estados

Unidos en el de Vietnam— debe tener como base una revolución de estructuras sociales. Este es el gran problema con el que se enfrentan los dirigentes árabes: no pueden manifestarse contra los guerrilleros, que son enormemente populares, ni pueden apoyarles porque saben que su objetivo es desplazarlos.

El Fatah, y las otras organizaciones guerrilleras que ahora parecen afines, se considera como «contemporánea» por relación al sistema «arqueológico» de los gobernantes árabes. Del mismo Israel han obtenido una enseñanza: la necesidad de desplazar los viejos «santones» —los Ben Curión, los añejos dirigentes de la Diáspora— por los jóvenes técnicos. Sin embargo, hay una gran diferencia: mientras Israel se presenta unido como estado teocrático en una misma religión, El Fatah aparece, por primera vez en la historia de la nación árabe, con excepción de Argelia, como no religiosa. No religiosa, en este caso, no quiere decir atea o antirreligiosa, sino ajena al espíritu de la religión. La razón es simple: sus combatientes profesan religiones distintas. Muchos de ellos, principalmente los jordanos, son árabes cristianos; otros muchos son mu-

sulmanes. De Israel han tomado otro ejemplo: la ayuda exterior de la «raza». El Fatah recaba la mayor parte de sus fondos —según ellos, la totalidad— del enorme número de comerciantes árabes establecidos en el mundo, principalmente en Hispanoamérica y en los Estados Unidos; ello le hace sentirse independiente de los gobiernos árabes y, según dicen, de los países comunistas.

Su moral, en estos momentos, es elevada. Consideran como una victoria la batalla de fin de marzo. Alegan que en los combates hubo 100 bajas israelíes (25 muertos, 75 heridos) y explican, mediante comparaciones, la importancia de esta cifra en proporción con la población total de Israel: en un país como Gran Bretaña, equivaldría a 250 bajas. En un país como Estados Unidos, a 10.000 bajas. Sus comunicados son victoriosos: «Se ha establecido, sin la sombra de una duda, que la lucha armada es la única vía que conduce a la recuperación de los derechos árabes», y que las batallas han demostrado que quedaba inferiorizada y destruida «la ventaja de la supremacía tecnológica y aérea israelí». Políticamente, estiman que las «operaciones de castigo» de Israel están destruyendo la

imagen israelí en el mundo, y que sus amigos en las Naciones Unidas tienen cada vez más dificultades para defenderles. En Israel, los generales creen en la posibilidad de destruir con estos «raids» la organización guerrillera en su totalidad. Pero muchos creen que ya es demasiado tarde y que la situación ha entrado en las fases conocidas en Argelia o en el Vietnam: que se va a convertir en una guerra continua, que puede obligar a Israel a mantener incesantemente el estado de guerra sin que ello cueste gran cosa a los países árabes. El temor se acrecienta con la idea de que los Estados Unidos, hoy, no están en condiciones de intervenir, hundidos como se encuentran en el cenagal del Vietnam, del que tratan de zafarse, y con sus terribles problemas interiores. La sensación de que las operaciones de marzo fueron una forma de derrota ha sobrepasado todos los esfuerzos de propaganda. En un pueblo profundamente supersticioso, convencido de que sus primeras victorias estaban apoyadas por una fuerza del más allá y de que sus soldados eran invencibles, la nueva situación ha producido un impacto psicológico.

(Fotos: CIFA)